

AQUELLOS VIAJEROS DEL VINO...POR TIERRAS DE LA MANCHA

Me decía no hace mucho, en buena tertulia del "café de la Abuela en Tarancón", René Montarcé-Rieu, un gran conocedor de los caldos del mundo, como hubo muchos viajeros que hasta la Mancha llegarían en la búsqueda afamada de buenos tintos por sus Tierras. Me quedé entusiasmado de sus palabras. Acababa de escribir un libro "Vinos y Quijotes de la Mancha" y él, como buen quijote que era, me entusiasmaba con sus pláticas, pues el "el vino y el libro, con un amigo".

Tal vez, habría que colocar como primero a Miguel de Cervantes, no antes de que las tropas romanas de Quinto Valerio Flaco ya lo hicieran para calmar la sede de sus legionarios. Tiempos aquellos de buena romanización donde el vino manchego tuviera a bien empezar a ser conocido. Dicen los papeles viejos, que este Valerio Flaco llevó buenas tinajas de vino manchego a Valeria, la ciudad que refundaría sobre un solar celtíbero, para que allí se crease ese Ninfeo como los mejores baños de la Carpetania.

Por eso, y sin tardar, Miguel de Cervantes lo pone en boca de Sancho, su fiel escudero, cuando al hilo de su suculenta comida no hace más que flirtar con una buena jarra de vino de estas tierras que aspean molinos de viento.

Bien dicen sus páginas: *"...escupía Sancho a menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca; la cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo:*

- Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno.

Y levantándose, volvió desde allí a un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento; porque era de un concejo albar tan grande, que Sancho, al tocarla, entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito..."

No hay la menor duda, de que Miguel de Cervantes entendía del buen vino y menos duda, si cabe el que como manchego que fue, hiciera en su obra una buena alabanza al vino de toda su tierra. Por eso, si seguimos leyendo para esta universal obra, observamos pruebas y pruebas y si no, atengámonos, al texto que referencia cuando Sancho va a gobernar la Ínsula Barataria y una de sus decisiones fue la de establecer la garantía del buen vino:

"...y aquella tarde la pasó Sancho en elaborar unas nuevas ordenanzas tocantes al buen gobierno de lo que él imaginaba iba a ser ínsula y ordenó que hubiese regatones de los bastimentos en la república y ordenó que pudiesen meter en ella vino de la parte que ellos quisiesen con aditamento que declarasen del lugar de donde era para ponerle el precio..."

También, el licenciado Vidriera nos hace una demostración de los buenos lugares del vino, cuando en su expresión singular afirma que *"...Madrigal, Coca, Altaejos y a la imperial más que Ciudad Real, recámara del Dios de la risa; ofreció a Esquivias, a Alanis, a Cazalla, Guadalcanal, a la Membrilla..."* todas buenas denominaciones de origen, sin duda.

Un siglo después, viajará por estos lugares de La Mancha, el duque de Saint Simón, don Luis de Rouvray, pues bien lo hiciera como embajador oficial del gran Luis XV, cuando quiso pedir la mano de la infanta María Teresa, la hija de su sobrino Felipe V, y en tal largo viaje cuenta como al ser invitado a cenar en la casa del duque de Arcos, comieron lo que allí llamaban una "olla podrida" que rica estuvo porque fue bien acompañada con vino excelso de esta tierra manchega.

Lo mismo le sucedería a aquel sesudo y espigado barón de Burgoing, en 1748, en sus numerosas estancias en nuestra España, siempre como embajador en años turbulentos entre Francia, Inglaterra y España por la hegemonía europea y marítima, cuando quedaba seducido por aquellos excelentes caldos de vino manchego que en sus memorias citaba como los mejores que nunca hubiera bebido; "...pues no he encontrado mejor vino que ese de Manzanares."

Este recordatorio, leído en una reunión de amigos, por el viajero Townsend, le hizo llegar hasta esta tierra manchega de Manzanares para degustar lo que su amigo había alabado con tanta insistencia. Llegó hasta el castillo que adueñaba el bueno de don Antonio, infante por entonces, y allí buscó con ahínco la bodega del mismo para beber con ansia ese caldo que tanto recetario traía y después de hacerlo dijo: "Creo, sin duda, que estos caldos son los mejores de España sin ninguna excepción. Su sabor es similar al mejor Borgoña y su fuerza y cuerpo son comparables a los de Oporto."

Menos literario y más técnico es la opinión que se vierte desde la Agronomía, destacando en el siglo XVI, Gabriel Alonso de Herrera, en su obra *Agricultura General*, escrito y editado en 1513, el cual dedicará todo su segundo libro al tema de la Agricultura y no menos al vino: *"las viñas y de todas sus particulares de ellas y de los parrales diciendo qual qalidad de viña conviene mejor a cada manera de tierra; y en que sitios son mejores las viñas, y la forma y tiempo de plantar arar, cavar, enxerirlas, y de podar e de qomo hazer mejor el vino y de las bodegas y de las propiedades del vino y como hazer mejor el vinagre..."*

No hay duda, porque no la debe de haber, que el vino de La Mancha ya fue de buen paladar en aquellos tiempos de la Edad Media y luego del Renacimiento. Allí, aliviaba su buena gastronomía, esas que el arabista Fernando de la Granja explicaba en sus "Maqamas y Risalas", en relación a la comida de un musulmán de la época del medievo que no podría hacerse sin un buen vino de estos lugares; pero no por ello, el plato de palominos que en el siglo XIII ya brillaba mientras la liebre estofada o la oca asada, te cubría la buena mesa de los grandes nobles. O se riega bien o no vale.

Recuerdo con mucha gracia aquella expresión que en buen momento dijese el Padre Benito Jerónimo Feijoo, amante de la buena mesa y como no de los buenos caldos: *"según la más pura inteligencia, el vino puro es para los más Santos de la Patria, donde es puro el gozo; el mezclado, es para los Justos en la Tierra, donde se mezcla la tributación con el deleite."* (Teatro crítico universal, 1576).

Igual antes que después, -así bien los galanes de entonces decían-, tanto por Valdepeñas como por Manzanares: "La moza y la bota no se han de pellizcar", pero no mucho caso haría de ello, Quevedo en muchas de sus andanzas, pues cada pellizco que daba, un buen sopapo se llevaba y eso, sin catar ningún caldo, por eso al final de la tarde, cuando todo había pasado, llegaba a casa, no sé si en la Torre de Juan Abad o en Villanueva de los Infantes, pero sí sé eso que decía de que: "el vino alegra el ojo, limpia el diente y sana el vientre."

Coetáneo por eso de compartir y tan mujeriego el uno como el otro, hasta Lope de Vega en su "Galán de membrilla" habla de los vinos de Manzanares:

...el rico vino
que tienen la Membrilla y Manzanares
estará repartida
entre los dos mi vida...
Pasaremos el día en La Membrilla
la noche en Manzanares.

O tal vez, un tiempo después, don Leandro Fernández de Moratín, cuando en su tiempo de afrancesamiento por eso de la llegada de José Bonaparte, adornando su canto a Baco, nos eleva en el sentimiento poético:

Bebamos, bebamos
del suave licor,
cantando beodos
a Baco y no a Amor

amigos, bebamos;
y en dulce alegría
pasemos el día:
la copa empinad
¿en qué nos paramos?
la ronda empecemos

y aun tiempo brindemos
por nuestra amistad.

¡Oh, qué bien sabe;
otro vaso venga:
cada cual sostenga
su parte en beber
y quien quiera alabe
de amor el destino;
yo tengo en el vino
todo mi placer.
¡Oh, vino precioso!
¡Cómo estás riendo!
¡Saltando! ¡Bullendo!
¡Quién no te amaré!

Todo tiene su gran sentido. Entre el horizonte manchego se alza ese rojizo atardecer que encumbra los sentimientos. La Mancha es la tierra por excelencia para cultivar el mejor vino que uno pudiera beber, pues entre el oro dorado de sus campos, uno plumbea a rojo perdido, tierras con viñas latentes, increíbles, y bien cuidadas, las que ahora hacen que cada caldo sea más excelente que el anterior, en cosecha regular o mediana.

Cuando viajas por aquellas tierras, lo mismo que pudieron hacer aquellos viajeros del mundo, me da igual el barón de Bourgoing, que Joseph Townsend, que Charles Davillier, Azorín o Víctor de la Serna. Todos, sin excepción han valorado la belleza de una tierra, altiva si cabe, por sus extensas llanuras y pura por el blanco de sus casas o casonas que incitan al sosiego en pleno rendimiento de camino.

Aquél "vino católico" que llamase Davillier es el mismo que luego, Azorín manifestaba como aforismo, *"pues desconfía de quién no bebe y del que en exceso lo hace, pero no, del que bebe con moderación, pues el vino enriquece el espíritu."*

Pero Víctor de la Serna al volver a ver a su madre, doña Concha Espina, después de un viaje por La Mancha, le dice con cierta sorna que *"Campo de Criptana es la bóveda de la tierra de un gigantesco aljibe que embalsa cantidades colosales de agua fresca y un poco calar. ¿Acaso por esto es tan blanca, tan igual, tan brillante y sana la dentadura de las manchegas?"*

Yo siempre que me encuentro con amigos por estas tierras, y bien que tengo, siempre hablamos de nuestros pesares. Pero entre medias, de todo ello, el refrán acaba en la misma faena: "Amigo por amigo, mi buen pan y mi buen vino".

Y quisiera acabar con ese tema del buen viajero extranjero que a España viene y que siempre alabase nuestros buenos vinos, cuando las palabras de Silhouette nos decía: *"...en la Corte beben vino de La Mancha que es muy bueno, de un sabor muy parecido al de borgoña, pero al ser de una delicadeza inferior lo beben más bien los príncipes, mientras que el rey sigue con el de borgoña..."*

Y sin desdeñar y por ser buen paladín, como manchego que me tengo, hay que decir que todos los grandes escritores, nacionales y extranjeros, dieron al vino un trato especial, no solo romántico, sino modernista, haciendo siempre hincapié a lo que debe de suponer para la buena mesa, pero también de que el vino puede endulzar los malos pensamientos, traer los buenos a la mente y acto, sin dejar que con ello, la creatividad literaria haga un buen *retailo* de obras, sean en prosa o en poesía. Vino de la Mancha como receta para sentar los sabores del amor, reír y soñar al mismo tiempo, y hacer que nuestra región sea cuna de buenos hidalgos, que en hospitalidad te hacen vender la "buena gente de esta Castilla La Mancha."

Miguel Romero Saiz

Escritor

Académico Correspondiente de la Real Academia Española de la Historia.